

Rincón del libro

Cuaderno del 94, de Ricardo Bogrand: entre el reencuentro y la nostalgia.

MARLENE VÁZQUEZ PÉREZ



La guerra siempre es desgarradora. Aunque quede lejos y sus noticias nos lleguen solo por los medios de comunicación masiva, –o de manipulación, o desinformación, según el caso. Es una marca de la que no se recuperan jamás ni las víctimas, ni los victimarios, ni los que se resisten a ser aniquilados y luchan por instaurar un orden mejor y más justo aún a costa de ese sacrificio horrendo pero irremediable.

Esa cicatriz queda también en los testigos, distantes o no, del conflicto armado. Incluso, quienes, por alguna razón de fuerza mayor viven desde el exilio una conflagración bélica en la tierra natal, escapan tal vez a las balas, pero no a la zozobra ni al dolor. La incertidumbre, que corta el aliento y el sosiego, será el estado de ánimo permanente, y no están totalmente a salvo de ella ni siquiera los que se desprenden de sus orígenes y que man definitivamente las naves. En el horizonte estará, alejándose cada vez que demos un paso, como la Utopía de que nos hablara Eduardo Galeano, la esperanza de volver al terruño; hasta que un día, nunca se sabrá cuándo, se hará finalmente realidad.



Si la guerra duele en las imágenes ajenas y oficiales que la televisión pone ante nosotros, es aun un fenómeno más lacerante y conmovedor cuando se nos ofrece desde la expresión poética. Si esta, además, está anclada en el recuerdo, la nostalgia y el reencuentro, sorprende entonces por la capacidad humana de conservar la ternura y los afectos aún en medio del dolor.

Así ocurre con Cuaderno del 94 (Instituto Mexiquense de Cultura, 2010), del poeta Ricardo Bogrand. Este autor, perteneciente a la generación de escritores salvadoreños de los años 50, es mexicano por naturalización, pero nunca ha perdido el vínculo entrañable con su país de origen. Oriundo de San Pedro Arenales, en el Departamento de San Miguel, se ha radicado desde hace décadas en San Cristóbal de las Casas, Chiapas. Su nexo indisoluble con Centroamérica se hace posible, entre otras razones, porque aunque medien las fronteras políticas, el parentesco de la región en términos culturales es muy fuerte, de ahí que su residencia en México sea, si se quiere, una prolongación nuestramericana, en el sentido martiano del término, de sus raíces salvadoreñas.

¿Qué atrae y subyuga de este pequeño libro? Tal vez lo primero sea su hermosa cubierta, que es la carta de presentación obligada. Con un original diseño de Helí López Sandoval sobre el cuadro Playa de

Caracoles, de Joaquín Dimayuga, impresiona ese primer plano de opulento desnudo femenino, recordado contra el fondo blanco, cuyo perfil delata el mestizaje en que se asienta nuestra raza.

Luego, al adentrarnos en su lectura, se impone la humildad de la perspectiva íntima, doméstica, en que se desenvuelve la escritura, de modo similar al transcurrir de la vida cotidiana. Las razones para el regreso a la patria, breves y contundentes, inauguran el poemario: "Y regreso a la patria/ porque sus mujeres/a pesar de una guerra /y sus temores/ siguen siendo /perennemente dulces."¹

A esto le sigue el retorno a la niñez propia, y a la de su pueblo, es decir, a la etapa anterior a la conquista, y al esplendor de las culturas originarias, recreadas ambas a través de la síntesis de la poesía y la variabilidad de la memoria. La pérdida de la infancia, y el deseo tenaz de recuperarla, aunque sea a través de los sueños ausentes del adulto, son la motivación del poema "Tribu 1". En "Tribu 2" emerge el drama del exilio, poblado de recuerdos y añoranzas, de preguntas casi siempre sin respuestas, de sueños angustiosos, centrados en la orilla lejana. La familia ausente, el extravío de la manada, son el grito en sordina de estos versos: "Al despertar sin ecos en el bosque/ me doy cuenta de nuevo/que ha marchado la tribu/ y me ganó el silencio."²

Luego vendrán, en la medida en que avance el poemario, otras búsquedas: la recreación del entorno natural, a través de referencias enternecedoras a árboles, flores, frutos; accidentes geográficos; itinerarios recorridos en el pasado, y emprendidos de nuevo; llegada a la casa familiar; recuerdos felices de antaño; ...

No faltan las desgarradoras y a la vez contenidas elegías familiares, como "La Maestra de párvulos" y "Recuerdo del padre." No es solo el dolor por los ausentes, es la comprensión íntima de la pérdida, pero también la asunción de la muerte como un hecho natural que no se lamenta, sino que produce, paradójicamente, una satisfacción: la de haber podido amar a la persona especial que ya se ha ido.

Otros recuerdos irrumpen a veces en el hilo conductor del libro. Son poemas datados en espacios geográficos muy lejanos, y en épo-

cas también distantes. Son amores de juventud, que acompañarán al sujeto lírico, el desterrado, aunque medien casi cuatro décadas entre el regreso a la patria y la vivencia erótica y su escritura.

Tal vez la idea motriz de este libro esté, como sin querer, en esta estrofa: "Al fin se llega al sitio/ en que nos damos cuenta/que aún no hemos llegado."³ Y estos versos nos hacen volver, a la Utopía de Galeano que veíamos al inicio: la patria ausente es como ella: "Para eso sirve, para caminar."

Con un lenguaje coloquial y sintético, pero no exento de lirismo, verso libre, sabio equilibrio entre el español internacional y los localismos, este libro breve en extensión, pero inmenso por su hondura emotiva y por su humilde sabiduría de vida, nos lleva de la mano hasta el último verso. Al llegar al final, queremos volver a sus manantiales umbríos.

NOTAS

- 1 Ricardo Bogrand. *Cuaderno del 4*. Instituto Mexiquense de Cultura, 2010, p. 13
- 2 *Ibíd*em, p. 15.
- 3 *Ibíd*em, p. 39.